

BTZ  
A94  
V. 14

FUNDAMENTOS DE LA  
DE TODA CLASE DE PERSONAS  
que se refieren y principalmente de  
los que se refieren a la doctrina  
de la vida en el mundo.

*Et nimiae quidem stultitiae, vel pertinaciae,  
nec istos nec nullos alios, cuantumque  
numeri libros satis esse posse, quis nes-  
ciat? Quando ea putatur gloria vanitatis  
nullis cedere viribus veritatis. S. Aug. lib.  
6. de Civ. Dei.*



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

88078



TERCERA PARTE.

Donde se demuestra la divinidad de la religion cristiana, por el modo con que fue establecida, y se conserva en el mundo, y por la mudanza que en él ha hecho.

PROEMIO.

Esta tercera parte de nuestras conferencias te presentará un grande espectáculo, mi amado Teotimo: el mundo convertido y hecho cristiano por los Apóstoles, esto es, la mas admirable revolucion que jamas se vió, obrada por medios que parecen no tienen, y que no tienen por sí mismos, en efecto, proporcion alguna con el efecto que han producido.

Dios habia prometido el mundo al Mesias, y el Mesias al mundo. Ha-

bia prometido el mundo al Mesias como su conquista y su herencia; y habia prometido el Mesias al mundo como su luz y su Salvador. Los libros del Antiguo testamento estan llenos de estas promesas: tu has leído las mas notables en las dos primeras partes de nuestras conferencias. Estas promesas son tan claras y precisas, que no es posible padecer equivocacion en cuanto á su objeto: son tan positivas y absolutas, que no puede formarse la menor duda de su futuro cumplimiento, y es fácil ver que este cumplimiento no esta ligado á ninguna condicion, y que Dios lo toma de su cuenta. Son tan frecuentemente repetidas, y en términos tan variados, que sensiblemente se percibe que Dios no quiere que el pueblo que es su depositario, y al cual miran particularmente, pueda olvidarlas, ó perderlas de vista un solo momento; en fin, estan esplicadas en términos los mas pomposos, los mas magníficos y los mas tiernos. Dios, si es permitido hablar así, no es jamas

mas elocuente, que cuando anuncia al mundo su Mesias. No puede oírsele sin enagenamiento: parece que este Ser Supremo triunfa anticipadamente representándose á sí mismo en un porvenir apartado de muchos siglos, el mundo renovado por el Mesias. Cuando se lee á Isaias y á los otros Profetas, tan presto se diria que Dios no soporta el género humano sino con la esperanza de verle algun dia santificado por el Mesias; tan presto, que no aspira sino al momento de ver todas las naciones ilustradas por el Mesias, adorar de concierto la magestad de su nombre; levantar ácia él en todas las partes de la tierra las manos puras, y ofrecerle un sacrificio solo digno de él, y el único capaz de agradarle; y tan presto, en fin, que esta impaciente por abrir los tesoros de su misericordia, para deramarlos sin medida sobre los hombres, en consideracion al Mesias.

Dios se debia á sí mismo el cumplimiento de estas magníficas promesas: lo debia al Mesias, esto es á Je-

sucristo, y lo debía al género humano. Los que han meditado las Escrituras, saben que la publicacion y el establecimiento de la Religion de Jesucristo en el mundo, y la conservacion de esta Religion hasta la consumacion de los siglos, es el fin de todas las obras de Dios en el tiempo. Todo va á parar allí. Despues del pecado de Adan, no ha subsistido el mundo sino para ser santificado algun dia; y presentado á Dios seguidamente por el Mesias, como una oblacion igualmente digna, asi de quien la ofrezca, como de aquel á quien se le ofrezca. Si la Religion de Jesucristo no hubiera sido anunciada y recibida en el mundo: si despues de haber reynado en él un cierto número de siglos, hubiera sido abolida, ó por la violencia de las persecuciones, ó por los cismas y las heregias, ó en fin, por aquellas debilidades, y aquella decadencia insensible por las cuales el tiempo arruina todos los establecimientos, y todas las obras de los hombres, Dios habria hecho en de-

trimento suyo para disponer el mundo á recibir el Mesias, todos los preparativos de que hemos hablado mas arriba. Lo habrian acusado de no haber tenido poder para acabar la mayor de sus obras, ó de no haber tenido constancia para mantenerla en su integridad, y asegurarla una duracion eterna. Lo habrian comparado con irrision á un hombre que hecha los cimientos de un vasto y soberbio edificio, lo levanta hasta una cierta altura, y despues lo abandona, ó porque no tiene bastantes fondos para conducirlo á su perfeccion, ó porque se disgusta de su empresa por capricho y ligereza.

Dios era demasiado celoso de su gloria para dar lugar á semejantes acusaciones; pero no era bastante que estableciese y conservase en el mundo la religion de Jesucristo: era todavia necesario que lo hiciera como Dios; esto es, que era necesario, que en la grande obra del establecimiento y de la conservacion de esta religion, la mano de Dios pareciese sola; y esto

de un modo tan notable y tan admirable, que todos los hombres se viesen obligados á reconocerle en ella, y que ninguno de ellos se atreviera jamas á querer partir con él la gloria.

Tales son, Teotimo, los grandes caractéres del establecimiento y conservacion de la religion cristiana, y de la asombrosa revolucion que ha obrado en el mundo; y yo adelanto sin temor de ser impugnado, que este establecimiento, esta conservacion y esta revolucion, son tres maravillas, que por sí mismas, é independientemente de todo lo que hemos dicho hasta aquí, dan á la religion cristiana un carácter de divinidad que no puede ser desconocido, sino cegándose voluntariamente. Esta será la materia de las dos conferencias que componen esta tercera parte.

PRIMERA CONFERENCIA.

*Donde se manifiesta la divinidad de la religion cristiana por la maravilla de su establecimiento.*

Los Apóstoles, mi amado Teotimo, es decir, doce hombres oscuros y sin nombre, que Jesucristo habia llamado por la mayor parte de las orillas del mar de Galilea, donde egercian la vil profesion de pescadores, para hacerlos discípulos suyos y asociarlos á sus trabajos, son los que han convertido el mundo, y lo han hecho cristiano de idólatra que era.

Cincuenta dias despues de la muerte de Jesucristo salieron estos hombres de repente de su retiro, parecieron todos juntos en medio de Jerusalem, y publicaron altamente que Jesucristo habia resucitado: que él era el Mesias y el Salvador que Dios habia prometido á su pueblo; y que Israel



no debía esperar otro. De Jerusalem se esparcieron en el resto de la Judea, y de allí en todo el universo para anunciar á Jesucristo; y desde luego se lo hicieron conocer á una infinidad de judios, y seguidamente á una multitud de idólatras. Antes de su muerte formaba ya el cristianismo una sociedad inmensa. Aquellos que sucedieron á los Apóstoles en el gobierno de las Iglesias que habían fundado, fundaron otras, y llevaron adelante con tanto valor y perseverancia la obra que los Apóstoles habían comenzado, que al cabo de trescientos años se llenó el mundo de cristianos, y los mismos Emperadores Romanos que hasta entonces habían perseguido el cristianismo, lo abrazaron. Estos hechos son conocidos de todo el universo.

Sentado esto, Teotimo, para juzgar si el establecimiento de la religion cristiana es obra de Dios ó de los hombres, debemos trasladarnos al tiempo de los Apóstoles, y considerar cual era entonces el estado del

mundo: cual era en todos los pueblos la disposicion de los espíritus con respecto á esta religion: si esta disposicion era favorable ó contraria: si siendo los Apóstoles lo que eran, tenían, segun las reglas de la prudencia humana, algun motivo de esperar salir bien de la empresa de hacer recibir esta religion; ó si, segun las reglas de esta misma prudencia, no tenían ninguno, y no debían esperar otra cosa sino quedar burlados en sus esperanzas del modo mas vergonzoso y funesto para ellos. Porque si los Apóstoles, segun las reglas de la prudencia humana, debían salir bien de su empresa, los progresos que han hecho son solo naturales. El establecimiento de la religion cristiana en el mundo es obra de los hombres: este es uno de aquellos sucesos que pudo preveer un político hábil; y si, segun las reglas de la prudencia humana, la empresa de los Apóstoles no debía tener efecto, el establecimiento de la religion cristiana en el mundo, es evidentemente obra de todo el poder y sabi-

duria de Dios. Es un suceso que los mas profundos ingenios jamas habrian imaginado: es la creacion de un nuevo mundo.

Ahora, si me traslado al tiempo de los Apóstoles, veo que entonces todos los pueblos de la tierra, excepto uno solo, que era el mas pequeño y mas despreciado de todos (el pueblo Judayco), eran idólatras. Digo todos los pueblos: los pueblos mas sabios y civilizados, como los Griegos, los Romanos y Egipcios: los pueblos mas bárbaros y mas salvages, como los Galos, los Germanos, y los habitantes de las islas Británicas. Veo en segundo lugar, que en cada uno de estos pueblos era tan antigua la idolatria como el pueblo mismo: no sabian cuando habia comenzado, ó mas bien creian que no habia tenido principio. Veo en tercer lugar, que el culto que cada pueblo daba á sus dioses, era muy sincero: estaban apoderados de un respeto religioso en presencia de sus dioses: tenian una superior idea de su poder y de su ma-

gestad: nada temian tanto como el irritarlos; y nada que desearan mas ardientemente que el tenerlos propicios. Atribuian á su proteccion todas las prosperidades del estado, y todas las de los particulares; y todas las calamidades á su cólera y á su venganza. Esta persuasion era igualmente profunda y universal. Los mas grandes Reyes, los mas ilustres Capitanes, los mas sabios Políticos, los mas célebres Filósofos adoraban á los dioses de su pais con la misma buena fe, si puede emplearse aqui esta espresion, que el pueblo mas grosero y mas estúpido, ó mas bien, todos los hombres eran igualmente estúpidos en este punto. Toda la historia da testimonio de lo que aqui digo; y por otra parte, la cosa habla altamente por sí misma. Es absolutamente imposible que una nacion entera adore esteriormente sobre todo, durante muchos siglos, unos dioses que desprecia en su corazón, y que ella se dé á sí misma el frio é insípido espectáculo de un culto religioso, donde

no ve nada razonable, y que pueda interesarle.

Convendré sin trabajo, si se quiere, en que entre esta multitud infinita de ciegos habia algunos hombres que veian claro: que quedaban todavia en el mundo algunos hombres sabios, á quienes el delirio universal no se habia comunicado, y que reconocian que no habia sino un solo Dios, Criador del cielo y de la tierra; pero el número era bien pequeño, y ninguno de ellos se atrevió jamas á levantarse contra el error público. Ninguno de ellos tuvo jamas valor para reclamar los derechos del Ser Supremo, tan indignamente atribuidos á las mas viles criaturas. Al morir Sócrates encomendó á su esposa el sacrificar un gallo á Esculapio; y la última palabra de este hombre, que el mundo pagano ha mirado siempre como su oráculo, fue una horrible traycion de la verdad.

Lee las oraciones de Ciceron contra Clodio, contra Verres: con qué fuerza, con qué vehemencia, con qué

arrebataimiento de celo (si puedo esplicarmè asi) este poderoso orador echa en cara al uno la profanacion de los misterios de los dioses, y al otro la de sus templos y sus simulacros. Jamas los Bossuet, los Bourdaloue han hablado contra las profanaciones del mas augusto de nuestros Sacramentos con mas calor, y con un tono tan firme y persuasivo; en una palabra, de un modo mas capaz de producir en las almas aquellos sentimientos de indignacion y de asombro que naturalmente escita la vista de los mayores crímenes cometidos contra la Magestad Suprema.

Tu deduces sin duda de esto, Teotimo, que Ciceron era uno de aquellos hombres de quienes habla S. Pablo, que habiendo conocido á Dios, no lo han honrado como Dios; y tienes razon. Pero tu debes deducir tambien, que los Romanos estaban muy persuadidos de la magestad de los dioses que adoraban, de la santidad de sus templos y de sus misterios, supuesto que este orador tan juicioso

como sublime, emplea todos los recursos de su ingenio en pintar con los mas negros colores los atentados de Clodio y de Verres, haciendo conocer toda su atrocidad. Sin esta persuasion y el conocimiento que Ciceron tenia, sus discursos habrian sido pueriles, y su auditorio se habria burlado de él, porque habria creido que Ciceron se burlaba de él.

Todas las historias estan llenas de hechos que justifican la adhesion, no sé si deba decir furiosa ó necia de todos los pueblos á sus supersticiones, por ridículas ó estravagantes que fuesen. En el antiguo Testamento se ve que los Babilonios y el gran Ciro adoraban un Dragon de enorme magnitud, y que Daniel, habiendo muerto á este monstruo reptil, Ciro, que habia consentido en este pretendido deicidio, no pudo salvar su vida del furor del pueblo sino abandonándole la del Profeta, á quien arrojaron al lago de los leones, donde Dios le preservó por un milagro de ser devorado por aquellos crueles animales.

Los Egipcios, aquel pueblo tan nombrado por su sabiduria, adoraban, no solo los animales mas viles, sino los mas horribles, como los ibis, los gatos y los cocodrilos. Habiendo los soldados Romanos muerto, ó herido un gato por descuido, el pueblo de la ciudad donde acaeció este atentado, se amotinó contra ellos, y los hizo pedazos. Todos los esfuerzos del rey, y todo el terror del nombre Romano, no pudieron salvar á aquellos desgraciados: era preciso que la muerte del gato fuera vengada, no obstante cuanto pudiera suceder.

El toro Apis, que era de la misma raza que todos los toros, pastando y rumiando como los otros toros; este toro, digo, porque no se cansa uno de decirlo, era una de las mas grandes divinidades de los Egipcios. Ciertas manchas que lo distinguian, lo elevaban á tan alto grado. Nada puede igualar la pompa de las ceremonias con las cuales ponian á este afortunado animal en posesion de su nueva dignidad, cuando, despues de



haber recorrido todo el país, al fin le habian hallado: los homenages que le rendian: los cuidados que tenian de asegurarle un largo reinado, la consternación en que todo el Egipto estaba sumergido cuando sus dias eran amenazados, y sobre todo cuando moria; en fin, el aparato igualmente augusto y lúgubre de sus exequias.

Cuando se leen estas cosas en las historias, ó cuando se oyen contar, dan ciertamente gana de reir, como á tí, Teotimo, te sucede ahora; pero en reflexionándolas un poco nos hallamos consternados, y no podemos menos de deplorar la vergonzosa debilidad, y los prodigiosos estravios del entendimiento humano. ¡ Ah! y ¿ qué viene á ser nuestra razon abandonada á sí misma?

Todos los pueblos, sin escepcion, tenian la misma opinion de la magestad de sus dioses, y el mismo celo para vengar su gloria ofendida. Tu has visto en el libro de las actas de los Apóstoles, cap. 19, que advirtiéndole al pueblo de Efeso, que las predica-

ciones de san Pablo desengañaban á muchas personas del falso culto de Diana, que era su gran diosa, repentinamente se enfureció. En un instante se llenó toda la ciudad de griteria y de tumulto; la sedicion fue tan violenta que puso en cuidado á los magistrados, á quienes costó mucho trabajo el apaciguarla. Es, pues, constante, Teotimo, no solo que cuando los Apóstoles comenzaron á predicar el evangelio, todos los pueblos de la tierra eran idólatras, sino tambien, que lo era por conviccion y de corazon; que miraban verdaderamente como Dios, todo lo que nombraban así: que el culto que daban á sus dioses, eran por su parte muy sincero y muy serio, y que estaban estremamente adictos á este culto, el cual miraban como el primero y mas santo de sus deberes.

Todo eso es cierto, puede ser que diga alguno de nuestros nuevos filósofos. Sin embargo, por otra parte, la religion de los paganos era tan absurda y tan ridícula, chocaba tan

visible y groseramente con los primeros principios del buen juicio, que no es de estrañar la hayan al fin abandonado. Si fueron los Apóstoles los que los desengañaron, no los hicieron hacer otra cosa, que la que ellos habrían hecho por si mismos un poco después. ¿Era difícil, de buena fe, hacer comprender á los hombres que olvidaban todo lo que debían á su dignidad de su naturaleza, y se degradaban en ellos mismos, ofreciendo sus inciensos y sus homenajes á una multitud innumerable de dioses, de todo sexo, de toda edad, y, si puede decirse, de toda profesion; á dioses nacidos los unos de los otros, al modo de los hombres, y las mas veces frutos vergonzosos del desarreglo de aquellos á quienes debían su existencia: á dioses cargados de mil crímenes, y notados de mil infamias: á dioses, en fin, que habian pasado por los últimos de los hombres, si en la opinion pública no hubieran sido sino hombres? ¿Era difícil hacer comprender á los hombres, que olvidaban to-

do lo que debían á la dignidad de su naturaleza, y que se degradaban ellos mismos prosternandose neciamente delante de viles cuadrúpedos y de espantosos reptiles, para adorarlos? No, sin duda, esto no era difícil. Lo que me admira, no es que el género humano haya vuelto de su error, sino que haya caído en él: que en él haya permanecido tanto tiempo; y confieso que no puedo adivinar la causa. No ha sido necesario que me tengan largos discursos para probarme que solo hay un Dios, criador del cielo y de la tierra. Cuando me propusieron esta verdad, fue tan prontamente recibida de mi entendimiento, como si me hubieran hablado de una cosa que ya sabia. Ahora, yo juzgo de los paganos por mi mismo, porque ellos eran hombres tambien como yo; y jamas me persuadiré á que hubiese sido muy difícil el hacerles comprender, lo que yo he comprendido con la mayor facilidad. Digan lo que quieran, el género humano no dejó la idolatría, sino porque era imposible.

el profesarla siempre. Si los Apóstoles han tenido alguna parte en esta revolución, no han hecho mas de lo que otros habrían hecho tan bien como ellos. El error del género humano era tan grosero en este punto, que bastaba decirle una palabra para hacerle conocer su engaño, obligarlo á avergonzarse, y hacerle retroceder en el momento.

Ve aqui un bello discurso, mi amado Teotimo, pero enteramente desnudo de sentido y de razon: escucha cómo discurro yo á mi vez, contra el pretendido filósofo, que acabas de oír.

Vos deducís, señor filósofo, de que el culto que los pueblos idólatras daban á sus falsas é infames divinidades era absurdo; que los pueblos no podían estar intimamente persuadidos de la necesidad de este culto; pero yo he demostrado por los hechos, que los pueblos idólatras estaban profundamente persuadidos de la necesidad del culto que daban á sus divinidades, aunque todas eran falsas é infames; de

lo cual concluyo, que este culto les parecia muy justo y muy racional, y esta consecuencia es evidentísima. Vos no persuadireis á nadie á que un pueblo entero pueda practicar durante muchos siglos una religion que cree falsa y contraria á la razon. ¿Qué digo? vos no os persuadiréis á vos mismo: no se arguye, señor filósofo, contra los hechos probados: no se dice eso no puede ser, cuando todas las naciones gritan desde todas las partes del mundo, así ha sido, y nosotros lo hemos visto.

Cuando los Apóstoles comenzaron á predicar el evangelio, todos los pueblos de la tierra, á escepcion del pueblo Judayco, eran idólatras, y lo eran desde tanto tiempo, que ninguno de ellos conocia la primera época de su idolatría, y no se acordaba de haber adorado en otro tiempo á un solo Dios: luego el género humano tenia entonces la mas violenta inclinación á la idolatría: luego había cedido á esta inclinacion con una estrema facilidad. ¿De dónde venia al gé-

nero humano esta funesta inclinacion? Yo no lo sé. Todo lo que sé es, que mientras mas violenta es la pasion ó inclinacion que arrastra á una nacion al error, mayores deben ser los esfuerzos que se hagan para atraerla á la verdad. Todo lo que sé es, que no es facil hacer entender la razon á una nacion que se engaña, supuesto que cada dia cuesta mas trabajo el desengañar á un solo hombre. Y asi, yo hallo en la facilidad con la cual el género humano cayó en la idolatría, la razon que en ella la fijó durante tantos siglos, y veo en la perseverancia del género humano, durante tantos siglos en la idolatría, la razon que en ella le hubiera hecho permanecer hasta el fin de los siglos, si Dios no hubiera hecho brillar á sus ojos una nueva luz. Vos decis, que habeis comprendido sin trabajo que solo hay un Dios, criador del cielo y de la tierra; y sobre esto preguntais, por que habria sido dificil el haber hecho concebir esta verdad á los paganos; porque, en fin, nosotros no tenemos mas entendi-

miento que ellos; y yo digo: ha sido muy dificil hacer concebir á los paganos, cómo presto lo probaré, que no hai mas que un solo Dios, criador del cielo y de la tierra; y sobre esto preguntó, ¿cómo habeis vos concebido tan prontamente esta verdad? Porque, en fin, los paganos no tenian menos entendimiento que nosotros. ¿No será porque habeis nacido en tiempos mas felices, y cuando el sol de justicia se habia levantado sobre la tierra, y habia disipado la ilusion de los prestigios? No lo dudeis, señor filósofo, esto mismo ha sido. Arguyendo como argüis, os olvidais de que la verdad se manifiesta mas presto, y con mucha mas limpieza, á un hombre exento de preocupacion, que á un hombre preocupado.

La persuasion en que estaban los paganos tocante la existencia de sus dioses, y la legitimidad del culto que les daban, era una persuasion de pura preocupacion, y no de razon, conyengo con vos en ello; pero vos estais obligado á convenir conmigo, en

que por eso no era fácil el destruirla. Las preocupaciones nacionales son por todas partes, como lo sabeis y lo decís frecuentemente, la soberana razón de los particulares; porque ellos son la razón pública; ellas dominan todos los espíritus, doman todas las almas, se las recibe en la especulación, y se las sigue en la práctica como primeros principios, contra los cuales no es permitido, ni hablar, ni obrar. ¿Dónde se encuentran hombres de un entendimiento bastantemente recto para desenredar la falsedad de las preocupaciones de su nación? ¿Dónde se encuentran, sobre todo, almas bastantemente intrépidas para despreciar abiertamente en la práctica las preocupaciones de su nación, que desaprueban en la especulación? La preocupación de los duelos ó desafíos, que vemos reynar entre nosotros, es igualmente contraria á la razón y á la religión. Es á la vez una preocupación bárbara é impia. Las naciones cristianas, hasta las mas humanas é ilustradas, están todavía preocupadas sobre

este punto; y entre las que lo miran con horror, que acaso es el mayor número, apenas hay una, no obstante, que no se conforme con esta preocupación en la práctica, como con una ley justa é inviolable. Todos los días se les ve sacrificar su vida y su salvación á esta estravagante preocupación, y querer mas bien morir reprobados, que vivir deshonorados en la opinion de sus conciudadanos, que la miran como insensata. Tal es la fuerza de las preocupaciones nacionales. Tal es el temible imperio que egercen sobre sus espíritus y sobre sus corazones.

Ahora, señor filósofo, es evidente, que entre las preocupaciones de este género, la de la idolatria ha sido, en su tiempo la mas fácil de adquirir, y la mas difícil de dejar. Digo la mas fácil de adquirir: cuando el mundo era pagano, al nacer cada hombre se encontraba rodeado de ídolos, de ídólatras y de idolatrias. . . . Los primeros nombres que aprendían á pronunciar los niños eran los de los dioses. Los primeros sentimientos que

les inspiraban eran la veneracion y el temor de los dioses. No les hablaban sino de la grandeza del poder y de la bondad de los dioses. Iniciaban sus manos débiles y temerosas á quemar inciensos sobre los altares de los dioses. Formaban sus cuerpos á doblarse delante de los simulacros de los dioses para adorarlos. A medida que crecian en edad, lo que habian aprendido por lecciones domésticas, se confirmaba por egemplos públicos. Veian á los grandes, á los señores, á los guerreros, á los sabios de su nacion, y á los reyes mismos, tan persuadidos como el pueblo mismo de la magestad soberana de sus dioses, y animados por su culto del propio cielo que ellos. Asi, desde el momento que un hombre abria los ojos para ver la luz del dia, hasta que la muerte venia á cerrárselos, los egemplos se unian á las lecciones para arrastrarlo á la idolatria, y la seduccion entraba en su alma por las puertas de todos los sentidos.

La preocupacion de la idolatria,

no solo era entre todas las preocupaciones la mas fácil de adquirir, sino la mas difícil de deponer: ¿Por qué? Porque la idolatria favorecia todas las pasiones: semejante á aquellos políticos que han visto alguna vez subir al Trono, al cual ellos no se atrevian á subir, Príncipes débiles, sin talento y sin virtud, para reynar ellos mismos bajo el nombre de semejantes sombras de reyes; el género humano se habia hecho dioses, bajo cuyo imperio pudiese seguir con libertad todas las inclinaciones de su corazon. Los hombres, por decirlo asi, habian divinizado sus propias pasiones, para poder satisfacerlas sin remordimiento. Cada uno de los dioses que adoraban, era el protector de algun vicio; porque no habia ninguno de los dioses que adoraban, del cual no fuese algun vicio su carácter. Una licencia desenfrenada reynaba en todas las fiestas que celebraban en honor suyo, y la lubricidad era una parte de su culto. Bajo el imperio de semejantes dioses se cometian públicamente, y eran

vistos á sangre fria, los crímenes que mas horrorizan é inquietan la naturaleza. Las naciones no se avergonzaban cuasi nada de ello; podria haberse dicho que ya no habia principio alguno para hacer distincion entre el vicio y la virtud. Una religion tan cómoda no podia dejar de tener grandes atractivos para el hombre, á quien nada es tan dulce como el hacer todo lo que quiere.

Agreguemos, señor filósofo, á todo lo dicho, que la idolatria en cada pueblo era la religion del Estado, y estaba estrechamente unida á su constitucion: que siendo esto asi en todas las naciones, los Príncipes, los Magistrados y el pueblo debian temer, que la introduccion de una religion nueva, y sobre todo de una religion tan opuesta á la antigua, como aquella, no podia levantarse sobre las ruinas de esta, sin causar en el estado turbaciones capaces de trastornarle.

Siendo, pues, las disposiciones de los ánimos en todos los pueblos

las que acabo de representar, es mas claro que el dia, señor filósofo; que cuando los Apóstoles hubieran sido los ingenios mas grandes, y los hombres mas elocuentes de su siglo, jamas habrian podido esperar segun las reglas de la prudencia humana, desimpresionar al mundo del culto de los ídolos, y atraerlo al conocimiento y á la adoracion de un solo Dios; y que los Apóstoles, siendo lo que eran, y las disposiciones de los ánimos, siendo tambien por otra parte, en todas las naciones las que acabo de decir, era absolutamente imposible á los Apóstoles, segun las reglas de prudencia humana, el convertir, no digo á un pueblo solo, pero ni á una ciudad.

Aquí, señor filósofo, hablan altamente los hechos en apoyo de mi razonamiento: todas las historias testifican que los Emperadores Romanos y todos los Reyes y pueblos del mundo, se opusieron con todas sus fuerzas á los progresos de la religion cristiana, por razon de estado y por

adhesion á la religion antigua; y que cuando despues de trescientos años de persecucion los Emperadores Romanos, vencidos por la fuerza de la verdad, abrazaron al fin la religion cristiana, su conversion dió un terrible golpe al paganismo, pero no lo aniquiló. Los cristianos se multiplicaban por todas partes; pero la idolatria se mantenía siempre, y el mundo estuvo todavia largo tiempo medio dividido. Veo que mucho tiempo despues de la conversion de los Emperadores el Senado Romano, aquel Senado compuesto de las primeras cabezas, y de los hombres mas sabios del Imperio, pidió frecuentemente á estos mismos Emperadores, tan presto el restablecimiento del culto de los dioses, y tan presto el del altar de la victoria. Veo, sobre todo, que hasta el quinto siglo de la Iglesia, los paganos de aquel tiempo atribuian al cristianismo todas las calamidades públicas, la desolacion y la decadencia del Imperio, y que estaban íntimamente persuadidos á que todos los

males que caian de todas partes sobre Roma, eran efectos de la venganza de los dioses á quienes Roma habia abandonado: hasta este punto los paganos estaban convencidos de la verdad y santidad de su religion: hasta este punto la preocupacion de la idolatria, que sin embargo, era ridícula é insensata, dominaba con imperio en sus almas; y hasta este punto eran idólatras de alma y corazon.

Luego está demostrado, señor filósofo, que cuando la empresa de los Apóstoles no hublera tenido otro objeto que el de desengañar los pueblos idólatras de sus ridículas supersticiones para atraerlos al culto de un solo Dios, siendo los Apóstoles lo que eran, y las disposiciones de los ánimos en todos los pueblos idólatras las que he representado, debian los Apóstoles, segun todas las reglas de la prudencia humana, dar al traste del modo mas miserable, y no coger otro fruto de su celo y de sus trabajos sino ultrages, suplicios y una muerte vergonzosa: que cada uno de ellos debia esperar



que todos aquellos cuya conversion emprendia, cerrarian los oidos á sus exortaciones, como si fueran blasfemias, y se volverian, como sucedió en efecto, sus denunciadores, ante los jueces y magistrados.

Sin embargo (mi amado Teotimo, porque ya es tiempo de que despues de haber refutado al pretendido filósofo, que introduce en la conferencia, vuelva otra vez á tí); sin embargo, mi amado Teotimo, no solo se trataba de sacar el mundo de las tinieblas de la idolatría y de la supersticion, sino que era preciso hacerlo cristiano; y esta segunda parte de su empresa era incomparablemente mas difícil que la primera.

Era preciso, digo, volver el mundo cristiano; esto, es que era preciso hacerle recibir una religion que obliga al hombre á cerrar los ojos, y creer firmemente sin titubear, ni permitirse la menor duda ni razonamiento, misterios incomprensibles, y que por lo mismo que son incomprensibles, deben parecer absurdos: misterios in-

finitamente superiores al alcance de la razon, y que por ser superiores á la razon, deben parecer contrarios á la razon. Un Dios hecho hombre, un Dios y hombre muerto en una cruz, un Dios-Hombre encerrado todo entero en la Eucaristía, bajo las especies de un pan, que ya no existe, la resurreccion futura de los muertos, el juicio universal, &c.

Era preciso hacer el mundo cristiano; esto es, que era preciso hacerle recibir una ley que obliga al hombre á adorar como su Salvador y su Dios á un hombre crucificado. ¡Adorar á un hombre muerto en una cruz! ¡Qué proposicion para hacerla al mundo: á este mundo dominado del orgullo: á este mundo; á cuyos ojos ha sido y será siempre mas vergonzoso el suplicio, que el crimen: á este mundo, á cuyos ojos, un malvado que escapa del suplicio que merece, conserva quasi siempre el honor, que el inocente castigado injustamente pierde sin remedio! Este mundo, para el cual un hombre muerto en una cruz,

era entonces un objeto de desprecio y horror, ¿qué debía, pues, pensar de un Dios muerto en una cruz? Se admirarán con razón de que el mundo haya adorado á Júpiter, adúltero é incestuoso: mas deben admirarse de que haya adorado á Jesucristo crucificado, porque (lo sostengo) un Dios cargado de crímenes, herirá siempre menos el orgullo de los hombres, que un Dios cubierto de oprobios.

Era preciso hacer el mundo cristiano; esto es, que era preciso hacerle recibir una religion que obliga al hombre á combatir continuamente sus pasiones: aquellas pasiones que el hombre corrompido mira como la vida de su alma, y la fuente de su dicha: una religion, que manda el ser humilde, que ordena el desprendimiento, la castidad, la penitencia, el perdón de las injurias, y amar á los enemigos: una religion, que quiere que el hombre mire la tierra como su destierro, y el cielo como su patria: que renuncie, á lo menos de corazón, todos los bienes temporales: aquellos bienes

que ve con sus ojos, que tiene en sus manos, que le parecen tan proporcionados á su naturaleza: que cree no tener un corazón sino para desearlos, y unos sentidos sino para disfrutarlos: que renuncie, dige, aquellos bienes que están presentes, que conoce, y de los cuales tiene experiencia, por unos bienes futuros, de quienes no tiene, ni la idea, ni el sentimiento: que están colocados en otro mundo, donde será necesario que vaya á buscarlos despues de su muerte, y que nada tienen de comun, con lo que los ojos ven, los oídos oyen, y el corazón y los sentidos experimentan en éste.

Tal es, Teotimo, la religion que era preciso hacer recibir al mundo, despues de haberlo desimpresionado de aquellas falsas divinidades, á las cuales tenian un apego y un celo, que parecian prodigiosos, como lo hemos manifestado mas arriba. Ahora es notorio á todo el universo, que los Apóstoles han hecho estas dos cosas tan difíciles, y hasta imposibles, no

solo á hombres como eran los Apóstoles, sino á hombres de la mayor autoridad y del más vasto ingenio: que persuadieron al mundo á que abandonase el culto de aquellas falsas divinidades, y que han hecho recibir al mundo la religion cristiana.

¿Cómo ha de esplicarse este prodigio? ¿Se dirá que los Apóstoles eran unos poderosos ingenios, que tenían en la mano, por decirlo así, el destino de las naciones; que sabian quando querian, remover todo el universo, y hacerle mudar de faz? Pero esta pretension se halla desmentida en la historia. Varias veces lo he dicho y lo repetiré todavia, porque no sabré inculcarlo bastantemente: los Apóstoles eran hombres oscuros, simples, ignorantes y groseros, sin riqueza, autoridad, ni crédito: hombres mas capaces por sí mismos de ser seducidos, que apropósito para seducir; de aquellos hombres que no son nada á los ojos del mundo, y que son sacrificados siempre, sin consecuencia, á la seguridad pública, por

que nada se teme de sacrificarlos.

¿Se convendrá en que los Apóstoles eran hombres oscuros, simples, ignorantes y groseros? pero para convertir el mundo, era preciso hacerle abandonar la preocupacion de la idolatría, y determinarlo á abrazar la religion cristiana: para hacer al mundo abandonar la preocupacion de la idolatría, era preciso demostrar su falsedad: para determinarlo á abrazar la religion cristiana, era preciso demostrar su verdad. Ahora pregunto yo, ¿si unos hombres como eran los Apóstoles, podian hacer estas dos cosas?

¿Atribuirán la conversion del mundo á los milagros que hicieron los Apóstoles? Pero entonces el establecimiento de la religion cristiana será obra de Dios, y nos concederán todo lo que preguntamos.

¿Negarán que los Apóstoles hayan hecho milagros? Pero, fuera de que no pueden negarse los milagros de los Apóstoles sin tachar de falsas todas las historias; es evidente como lo dice san Agustin, que la conver-